

bás con su historial tenebroso? Hubo un momento de perplejidad. La figura de Barrabás era tan execrable, que parecía como si el procurador fuese a triunfar con aquel recurso, y ya se había sentado en el tribunal para pronunciar el edicto con el ceremonial jurídico, que le daba todo su valor cuando se produjo, lo que tuvo acaso una influencia decisiva en el curso del proceso. En el umbral del Pretorio apareció un legionario presentando unas tablillas de cera, que decían: «No te metas en las cosas de ese justo, pues es mucho lo que he padecido esta noche por su causa.»

Era un recado que la mujer del gobernador, llamada Prócula, según la tradición, enviaba a su marido; un aviso que nos sirve para comprender mejor el empeño de Pilato por salvar a Jesús. La vida de un extranjero, de un judío, valía muy poco para él y mucho menos si frente a ella se levantaba todo el poder de la casta sacerdotal. Pero lo que en los primeros momentos de aquel drama había sido simple sentido de equidad, iba convirtiéndose poco a poco en una desazón de carácter religioso, aumentada por estos sueños, que en la vida romana tenían muchas veces una influencia decisiva. Excéptico en cuestión de filosofía y en teorías acerca de la verdad, era ciertamente sensible a todas las artes de la adivinación, muy en boga entre los romanos. Toda Roma sabía que Julio César habría evitado las veintitrés puñaladas de los idus de Marzo si hubiera hecho caso de los sueños de su mujer Calpurnia. Un aviso semejante recibía ahora Pilato de su mujer, que aprovechando una ley reciente, contraria a los usos del tiempo de la República, podía vivir con su marido en la provincia de su gobierno. Nada sabemos del motivo más íntimo que indujo a Prócula a dar aquel paso. Tal vez era una de las muchas romanas que

se sentían arrastradas por el prestigio misterioso de las religiones orientales, y en especial del judaísmo; tal vez había oído hablar de Jesús, de sus milagros, de su doctrina y de su arresto la noche anterior. Y había tenido un sueño. No sabemos lo que soñó, pero en su sentir Jesús era un justo, y ni ella ni su marido debían meterse en aquella causa inquietante.

En medio de los odios, de la gritería popular, del apasionamiento farisaico y de la ceguera de los políticos, esta mujer, esta pagana, acertó a ver la verdad y tuvo el valor de levantar la voz en su defensa. Los Evangelistas la recordaron, aunque sin expresar su nombre, tal vez porque más tarde entró a formar parte de la iglesia primitiva.

LA VERONICA

La tradición, no los Evangelistas, nos ha conservado el recuerdo de otra mujer, que se presenta impávida en medio de la chusma cuando Jesús atraviesa la calle de la Amargura. El episodio a que dió lugar su presencia iba a impresionar vivamente la imaginación de los pueblos y a despertar la inspiración de los artistas.

Desde el Litostrotos, el cortejo había descendido a la hoya del Tiropeón, la calle más profunda de la ciudad. A la izquierda, los pórticos del Xistos, con ráfagas de gritos, contrastes de colores y torbellinos de multitudes, después la vía trepaba hasta la muralla, desembocando en la puerta de los Jardines, roja de sol, donde aguardaban muchos que venían del campo y estaban detenidos por la riada humana. Al otro lado se yerguen las escarpas del Gólgota; la peña blanca y lisa descubre su cráneo huesudo entre huertos inundados de verdor primaveral.

Hoy, cuando el peregrino recorre aquellas calles, encuentra, poco antes de ver la puerta